

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

¿QUE PASA EN ASIA? LAS GRANDES FUERZAS MORALES

DESPUES de recorrer gran parte de la India, se llega a la conclusión de que estos países asiáticos, o asiáticos, como ellos quieren que se les nombre, si desposeídos de muchas cosas materiales, poseen, en cambio, valores morales que no se ven en otras partes. De inmediato veo la sonrisa del materialista a ultranza ante esto de los valores morales. Pero es así; después de siglos de explotación, los pueblos de Asia, flotan, salen a la orilla del futuro y se instalan a construir sus nuevos tiempos, un poco como los naufragos del colonialismo. ¿Qué tienen? ¿Qué poseen? Muy poco y sin embargo, sacan fuerzas de flaqueza y emprenden la nueva tarea visionaria, basándose en algo que no habían perdido, en su moral. Se podrían dar muchos ejemplos de lo que decimos, pero basta observar lo que pasa en la India con respecto a las bebidas alcohólicas.

Un buen día, Nehru invitó a los hindúes a dejar al alcohol, sobre todo al pueblo que, como siempre ocurre, era víctima de las peores bebidas, las más embriecedoras y enloquecedoras. Y como por milagro, aquí en Asia esta palabra vuelve a tener sentido, acaba el consumo de licores, vinos, cervezas. Sin reglamentaciones rígidas, sin prohibiciones burlables, poniendo en juego sólo los resortes morales, la India se deshace de uno de los peores flagelos que la humanidad ha padecido. Como

hemos dicho, y lo hemos visto, en ningún sitio hay bebidas alcohólicas, y si en los grandes hoteles, en los bares, están a la vista, sólo las sirven a los pasajeros en sus habitaciones.

No es que nadie beba, no es que ninguno le guste en la India paladear un buen vino, una fría cerveza, un delicioso coñac o whisky, no, lo que pasa es que a nadie le gusta transgredir la regla, hacer algo que juzga inmoral. No es la ley externa, el policía, el agente de licores en salvaguarda de las rentas del Estado, el que evita que beba el pueblo hindú, sino su moral, la conducta que adoptaron ante la invitación del jefe del Gobierno.

Y esta sería algo así como la prueba del fuego, al tratar de aquilatar las virtudes de los pueblos asiáticos, pues otro tanto ha ocurrido en China con el opio. Del alcoholismo y del opio se han sacudido estos países, por la moral de sus habitantes, y nadie burla estas leyes ni intenta burlarlas, porque la verdad no son leyes, sino formas colectivas de actuar en beneficio de todos, y qué beneficio, si se consideran los perjuicios que el alcoholismo, sobre todo, está causando en otras partes del mundo.

En Asia se plantean problemas que harían arrugar la frente al mismo Dios. El casi aniquilamiento de las poblaciones por las condiciones de vida, la falta de alimentos, los climas insa-

lubres. Sin embargo, en lo material se enfocan ya las soluciones, soluciones que, desgraciadamente, no son realizables de un día para otro: electrificaciones, embalses, carreteras que faciliten la circulación de las riquezas, adquisición de medios de transporte de las poblaciones, grandes fábricas y transformaciones agrícolas. Y a los problemas materiales agudísimos, casi desesperantes, se agregan otros y otros: la dificultad de ciertos progresos por las barreras religiosas y la organización social milenaria. Hay que pensar que se trata de países viejos, muy viejos, en los que cada innovación ataca, rompe, destruye urdumbres de creencias, mitos y costumbres de siglos y de siglos. En pueblos nuevos es fácil innovar, pero en Asia hay que remover los basamentos mismos de la sociedad.

Sin negar, por tanto, la gravedad de los problemas que enfrentan los países asiáticos —en el término asiático ven ellos algo despreciativo—, volvamos a la enfática alusión que hacemos de las fuerzas morales, las grandes fuerzas morales que poseen, y de las que, como en el caso del alcoholismo y el opio, dan pruebas inequívocas a cada momento.

Miguel Angel ASTURIAS

Premio Nobel

Benares, 1971

La eficacia de los regresos Pequeñas paradojas para ir tirando

DIAS atrás, un amigo docto y de curiosidad miscelánea me explicaba lo que ocurre en materia de libros, allá en el remoto territorio del Tibet... He de comenzar confesando que, para mí, el Tibet es una noción singularmente vaporosa. Lo siento. Supongo que estamos a la recíproca, y que para un tibetano medianamente «culto», pongamos algo así como mi homólogo, el trayecto Barcelona-Valencia debe ser —si a tanto llega— un concepto también vaguísimo. Lo cual me tranquiliza. Tal vez mi obligación de «saber» sea superior a la suya. Quizá. Uno pertenece a la llamada «civilización occidental», que empezó con la cabeza de Sócrates y terminó con los pies de Fred Astaire, y esa circunstancia pesa moralmente lo suyo. En cuanto a «saber», desde luego, pesa más que la fe en Buda o en el Dalai Lama. Es lo que me temo, y con razón, por lo menos. Mi ignorancia del Tibet apenas queda mitigada por la lectura de algún papel acerca del Tercer Ojo, probablemente apócrifo... En todo caso, la idea de un «libro» en el Tibet no deja de ser sugestiva. No por el contenido del «libro» en sí, que, en una teocracia, sólo puede ser un Libro Sagrado, sino por el procedimiento material de su difusión. Y eso no deja de ser interesante...

Intentaré exponerlo con rapidez y crudeza. En el Tibet, todavía no han podido aprovecharse de las ventajas de la tipografía europea. No importa ahora por qué razón, pero éste es el hecho. Los feligreses de los lamas no han adquirido la costumbre de leer, y los lamas, que leen por ellos, están muy lejos de interesarse por Proust, por Shakespeare, por Kant, o por santo Tomás de Aquino. Tienen sus tex-

tos, y a ellos se ciñen. La reproducción manuscrita de tales «textos» sería costosa y lenta: salta a la vista. El Dalai Lama puede permitirse el lujo de unas «Bellas Horas» como las del duque de Berry; pero el lama vicario-rural, o el lama teólogo-subalterno, no alcanza a sufragarse una copia manual, por modesta que sea. La solución es lógica. En los monasterios más conspicuos se conservan unas planchas grabadas en madera con los Libros Sagrados, y cuando un clérigo o un laico se interesa por este material, acude a sus dependencias y pacta la impresión. El cliente lleva el papel o el pergamino, y los monjes budistas, previo pago, ponen la tinta y la impresión. El trámite es pregutenberguiano. En vez de remitirnos al «livre de poche», nos enfrenta con las fotocopias y las xerografías...

Y me invita a recordar un viejo ensayo de Maurici Serrahima, con que hablaba de los fósforos y del tecnicolor. Mi memoria no es fuerte, y quizá yerro en el resumen. Serrahima, en aquellas páginas publicadas en una revista heroica y lateral, de México, insinuaba la hipótesis de que el encendedor —el «briquet»— y el cine de colorines eran un «retroceso». Entiéndase lo del «retroceso», claro está, «cum grano salis». Para prender fuego al cigarrillo o a la leña, y para practicar la piromanía, la humanidad empleó el choque del pedernal con la yesca, durante siglos. Los químicos ofrecieron la competencia del fósforo, y el fósforo —la cerilla, el «misto»— era un progreso indiscutible. Objetivamente, teóricamente, retóricamente, era «el» progreso. Serrahima hacía observar que el «briquet» era una vuelta al pedernal. El mecanismo del encendedor de gas,

que disparamos con un leve movimiento del pulgar, nos retrotrae a la época de las cavernas: a la fricción de dos palos, insistente y ardua, para que salte la chispa o al roce rudo de la piedra y el metal, que produzcan igual efecto. El cine en color, venía a decir Serrahima, era un regreso al teatro. El cine en blanco y negro imponía una estética particular al espectáculo: la matización de las sombras y las penumbras, los grises, brindaban a los ojos del público una opción «artística» sin precedentes. Más «artística» —más «química»— que el teatro, en la medida en que rebasaba el «trompe-l'oeil» inmediato.

Puede que Maurici Serrahima pusiese algún otro ejemplo. No lo recuerdo ahora. Pero sus denuncias vienen como anillo al dedo al referirnos a la fotocopia, al microfilme, a la xerocopia y a los demás —y futuros— procedimientos de reproducción que nos facilitan las máquinas de la Sociedad de Consumo. Hacemos lo que hacen los aldeanos religiosos del Tibet: acudir a las «planchas» monásticas. La diferencia es obvia, por supuesto. Para Marcyse, para Proust, para Dickens, para Tolstoi, funciona el «livre de poche»: incluso para Racine, para Martorell, para Cervantes, para Dante, para Homero. La cosa empieza a ser peliaguda cuando uno se interesa por un «libro» segundón. El tratado filosófico de un fraile medieval o el poema obsceno de un caballero aproximadamente medieval. Estas «escrituras» —nada «sagradas», en el fondo y en la forma— no admiten la vehiculación «de poche», y para leerlas en nuestro domicilio, en la hipótesis de una tan crapulosa intención, no hay más remedio que acudir a la máquina «tibetana». Uno acude a

una biblioteca donde tienen el Incunable Interesante o la revista académica a consultar, y mediante una maquina «ad hoc» le proporcionan la réplica estudiantina... La lástima es que no todas las oficinas públicas hayan entendido esta misión, y hay que esperar un par de meses, o más, a que le faciliten los fotogramas eruditos de la Biblioteca Nacional de Madrid...

No elevaré la «anécdota» a «categoría». Don Eugenio d'Ors fue un optimista y un temerario al propugnar estas «asunciones». Pero sí que me atreveré a subrayar la eficacia de los «regresos»: el del encendedor de chispa, el del cine coloreado y el de las trepas «tibetanas» con máquinas japonesas o alemanas. No se puede generalizar. El fósforo es más caro que un encendido de encendedor, pero una xerocopia es más barata que un ejemplar auténtico servido por una librería anticuaria. Cierta que el «ejemplar auténtico» tiene el valor de una pieza de coleccionista. Pero el coleccionismo es otra historia. Los devotos del Tibet y los que acudimos a los fondos bibliográficos egregios, por descontento, no pretendemos su plantar la posesión de «las Tablas de la Ley»: posesión física, se entiende. Los bibliófilos y los organismos públicos, y los maníacos del libro —y renuncio al paralelo con la afición teológica— se aferrarán al «papel». Lo que cuenta es la matriz, la «grabación» tibetana, la fotocopiabilidad... El «libro de bolsillo» es un asunto muy diferente. En «libro de bolsillo» se puede publicar, incluso con ganancias, a Adorno, a Von Balthasar, a Konrad Lorenz, a Robbe-Grillet... Ya digo: es otra cuestión...

Joan FUSTER



**CAJA de PENSIONES
PARA LA VEJEZ Y DE AHORROS**
Cataluña y Baleares

El lunes, día 3, serán abiertas al público las nuevas Agencias Urbanas

LA PAZ
Bloque 50, Local 47 - Grupo «La Paz» - Barcelona
y **SAN JOSE - HOSPITALET**
c. Campoamor, 22 - Hospitalet

Un nuevo servicio y una mayor facilidad para la práctica de las operaciones de Ahorro, de Seguro y de Crédito

LA MAQUINA DE AFEITAR
TALLER DE REPARACION DE AFEITADORAS

Calle PANADES, 11 (entre Menéndez Pelayo y Plaza Rius y Tauet). Tel. 227-85-30

CONTRA INCENDIOS Extintores ALQUILADOS
y en venta **PARMA, S. A.**
J. Antonio, 820 - T. 2261174

WIEN

plza. calvo sotelo, 3
valencia, 243



FABRICACION PROPIA

CURSOS TEORICO-PRACTICOS

que le enseñarán:

Montaje y reparación de RADIO y T.V. Revelar y ampliar sus propias FOTOGRAFIAS. Resolver las averías de su AUTOMOVIL. ARTES APLICADAS Y DECORATIVAS. Preparación a BELLAS ARTES. Infórmese, de 5 a 9 en ATEL. C. Pelayo, 12, 3.º, M.